

re de la tradición simbolista moderna, un avisado despertar de la conciencia herida emblematiza la fortaleza de ánimo desde la que el protagonista de este libro va a emprender en su jornada el examen de la experiencia —una experiencia de la resistencia contra el desamparo—. A lo largo de esa simbólica jornada, Luis Alberto de Cuenca traza ordenadamente un recorrido espiritual que confronta las diversas formas de realidad temporal y cotidiana que dan fundamento existencial a su protagonista poético y que culmina en la integración en una forma de confesionalidad religiosa y, sobre todo, estética, que supone un nuevo estadio en la poesía del autor: *Feliz quien, al amparo de la fe, escribe poesía desde el júbilo, el drama, la alabanza y el sentido*, dice en «Religión y poesía», uno de los poemas finales.

Por fuertes y fronteras, bajo la advocación de San Juan de la Cruz, que brinda el título, es un libro orgánico dividido en cinco partes progresivas. Las dos primeras («Animales domésticos» y «A quemarropa») actualizan el mundo poético del autor en claros oscuros reflexivos en los que de Cuenca enfrenta vitalismo y desengaño más crudamente que en sus libros anteriores. Los tópicos y problemas de la erudición clásica —la falta de memoria de Menelao en la *Iliada* («Teichoscopia»)—, los sueños y las pesadillas, la anécdota urbana entreverada con la literaria, los mitos, el tirón salvador del erotismo y de la amistad, se recuperan aquí con más sarcasmo que ironía y con una gravedad que impregna hasta la narración más aparentemente trivial («El pozo»). Hasta los registros del lenguaje coloquial potencian la poética en ocasiones más crispada de alguna composición, como en «Collige, virgo, rosas»: *Púlete los rosales/ que encuentres a tu paso (...)/ Goza labios y lengua, machácate de gusto/ con quien se deje y no permitas que el otoño/ te pille con la piel reseca y sin un hombre/ (por lo menos) comiéndote las hechuras del alma./ Y que la negra muerte te quite lo bailado*.

No tiene sentido buscar explicaciones extraliterarias a la escritura, aunque las pueda haber y el signo de nuestro tiempo nos brinde algunas de ellas. Pero eso no importa demasiado. Lo que de verdad importa en este libro es que el sujeto poético de Luis Alberto de Cuenca se enfrenta, por primera vez, directamente con su posible lector, y que le advierte del desamparo vital al que

remite su «literatura». Cuando en la poesía anterior a este libro el protagonista mencionaba la escritura, ésta se disfrazaba de divertido pasatiempo —*Hacer versos, nadar, dar de comer a un pájaro* («La chica de las mil caras»)—, de ardiente recuperación a solas de instantes de dicha compartida —*Para ti, pecadora, escribo cuando el alba/ me baña en su luz pálida y tú ya te has marchado./ Por ti, cuando el rocío bautiza las ciudades,/ tomo la pluma, lleno de tu recuerdo, y ardo* («La noche blanca») —o, todo lo más, de nostálgico *Ubi sunt?* cuando de los viejos amigos sólo me quedan *eneasílabos*.

Ahora, con patetismo nuevo, el protagonista poético advierte al lector que *entienda lo que lee/ como lo que es: un grito (o un susurro) de angustia/ y soledad*. («Advertencia al lector»). Al propiciarse este enfoque se refuerza la función objetivadora del sentimiento que cumplen las presencias culturales, los recursos humorísticos y el aparente desenfado de algunos poemas de las primeras secciones. Al mismo tiempo se ahonda en la verosimilitud psicológica y sentimental con que Luis Alberto de Cuenca hace emprender a su personaje, más allá de la cotidianidad, la *quête* trascendente de *Por fuertes y fronteras*.

A esta nueva luz, justamente, las anécdotas vitales son aprehendidas desde un conocimiento más hondo de la realidad, que se expresa, coherentemente, con una mayor intensidad estilística. En último término, a través del desengaño, la angustia temporal y la vía iluminativa de la religión, el vitalismo obstinado del poeta se vuelve resistencia implacable a una Realidad hostil, que nos quita indefectiblemente *el velo de la dicha* y cuyo absurdo irrumpe en cuanto bajamos la guardia: *todo/ —aquel horrible bar, tú y yo, la noche—/ era tan esperpéntico y absurdo/ que se parecía a la vida*. («El encuentro»).

Después del repertorio de anécdotas, historias y sueños que establecen el universo consciente e intuitivo del personaje, «La herida oculta» sitúa en el centro del libro diez poemas sobre el desengaño amoroso. Son, casi todos, poemas de la memoria del amor, que recuperan, desde la soledad, unos diálogos de pasión y desengaño. La imaginación ilumina el recuerdo presente de los cuerpos de entonces: *Un resplandor/ que viene de otro tiempo y de otro sitio/ y que sigue brillando todavía* («El resplandor»). La necesaria distancia del

sentimiento busca la broma sarcástica («Vamos a ser felices»), la antífrasis —de la Salve, en «La chica verde»: *esos ojos/ verdes que son la muerte y la amargura/ y la desesperanza nuestra*—, la cita implícita —*Cuando la realidad era el deseo/ y nuestro reino no era de este mundo* («In illo tempore»)—, o las historias en tercera persona («El encuentro»). Con esa diversidad de tonos y perspectivas, el personaje que recorre *Por fuertes y fronteras* adquiere una matización psicológica nueva en la poesía de Luis Alberto de Cuenca, que en este nuevo libro parece interesado en amplificar sus señas sentimentales.

Los signos femeninos dispersos en el libro y desde antiguo caros al sujeto poético —uñas color de sangre, impermeables húmedos, zapatos de tacón o cristalinicas medias— se concretan en evocaciones que nos conducen a una expresión desolada de la caducidad del sentimiento, que invade la percepción de la realidad exterior y cuyos naufragios se indican tanto más delicadamente cuanto más se recuperan —en dirección opuesta— metáforas frecuentes de libros anteriores: *No queda una palabra de cariño/ suspendida en el aire, ni una hebra/ de azabache en la almohada. Sólo flores/ secas entre las páginas del libro/ de nuestro amor, y cálices de angustia,/ y un delirio de sombras en la calle.* (p. 47). Porque, como apunta el último poema de esta sección, el sujeto sentimental toma conciencia de la soledad cuando trata de recuperar las riendas de su biografía amorosa. Así, al escribir un libro que hable de las mujeres de su vida, *de sus besos, que izaron la bandera del triunfo/ sobre la negra muerte, y también de su helado/ desdén, que recluyó tantas veces mi espíritu/ en la triste mazmorra de la desesperanza*, el protagonista de este libro necesita reconocer la paradoja: *Voy a escribir un libro que hable de las mujeres/ que han escrito mi vida.*

Todo el proyecto unitario de este libro pasa por el reconocimiento del carácter precariamente heroico de su protagonista, puesto que de lo que se trata es de justificar, en los terrenos del sentimiento y de la inteligencia, el reforzamiento espiritual a que apuntan sus propuestas. Así, las partes finales de *Por fuertes y fronteras*, establecen en dos tiempos el desenlace de la indagación en las condiciones de pervivencia

del sujeto poético. En los poemas anteriores ha quedado patente la encrucijada que se plantea al poeta —y a buena parte de la llamada *poesía de la experiencia*— en la actualidad: el callejón sin salida de una narrativa recurrente o el asalto arriesgado y claro a nuevos territorios de la imaginación, del sentir y del pensar. Sin confusionismos, por supuesto, con claridad extremada.

«Puesta de sol» recupera los temas centrales del libro y nos los devuelve impregnados de un dramático voluntarismo cuyo valor primordial es la vida: *Vive la vida. Vívela en la calle/ y en el silencio de la biblioteca./ Vívela en los demás, que son las únicas/ pistas que tienes para conocerte.* Con este sentido integrador, el valor de la vida lo aportan las experiencias de la soledad, del extravío y de la muerte, cuya presión en el protagonista, permite clarificar los valores últimos de lo que la vida ofrece y significa frente a las agresiones de la realidad: el amor y la amistad, el placer propiciado por el arte y los libros, que *no salvan/ a nadie, ni nos quitan atávicas zozobras/ pero nos comunican un placer que mi perro/ con ser bastante menos desdichado, no siente.* («Debajo de la piel»), algo tan simple, en fin, como la búsqueda de la felicidad.

Precisamente dos magníficos poemas, «El caballero, la muerte y el diablo» y «La amazona de Mordor» recuperan, en esta zona del libro, la imaginación mítica para emblematizar, con un registro épico muy característico del autor —y poco prodigado en este libro—, el valor y la grandeza de la resistencia espiritual contra la angustia de la muerte y el «dolor de estar vivo», la afirmación de la vida a través del amor, de ese *dolor del amor que mueve las estrellas*, como dice de Cuenca recuperando el último verso del *Paradiso* dantesco: *l'amor che muove il sole e l'altre stelle.*

Sobre este juego de dramáticos contrastes «La flor azul», sección final del libro, alcanza el momento de mayor intensidad al confrontar el dolor por la muerte de la madre con diversos poemas de afirmación religiosa. La voz que nos habla complementa aquí su repertorio de recursos con la oración («Ave María») que, en «Álzate, corazón», sintetiza el esfuerzo por traspasar la frontera de un posible ámbito espiritual que dé nuevo fundamento a la esperanza: *Álzate,*

corazón, consumido de penas,/ levántate, que sopla un viento de esperanza/ por el mundo, llevándose con él tus inquietudes/ y la costra de angustia que apaga tus latidos./ Alzate, viejo amigo, que el dios de los humildes/ ha vuelto de su viaje al país de las sombras/ y alumbra con su ojo la prisión en que yaces/ limando los barrotes de tu melancolía».

Las dificultades de incorporar esta nueva perspectiva a la escritura son evidentes —un primer ensayo lo representaba el «Himno a la Virgen del Carmen», en *El hacha y la rosa*—, y al integrarla en el seno de un espiritualismo amplio atiende, entre otros poemas, «Religión y poesía», que recupera para ésta los conceptos religiosos de la *alabanza* de lo creado y de su Creador, del *júbilo* de ser —y de su sentido, al margen del azar— y, finalmente, del drama: *la tensión/ de la lucha en un mundo relajado/ que prescinde del cielo y del infierno* (p. 73). Dando sentido al título del libro, el poema «La flor azul» constituye la culminación de la búsqueda en pos de otra forma de realidad unificadora de conciencia y deseo (simbolizada en «La flor azul»), por la escondida senda de una indagación en los mitos religiosos (Frazer) y en la antropología de la creación artística: *Al país de la rama de oro donde el pájaro/ azul se posa, más allá de fuertes/ y fronteras, habrás de ir a buscarla»,/ dijo mi madre antes de morir.*

Sin abandonar la distancia irónica ni la narratividad fundamentales en su poesía y sin dejar de explorar en la cotidiana práctica de la erudición y el vitalismo, *Por fuertes y fronteras* supone una inflexión decisiva en la poesía del autor de *El otro sueño*. En este nuevo libro Luis Alberto de Cuenca ha optado por abordar, desde un intimismo patente, su personal análisis, hondo y descarnado, de las condiciones de la realidad para el sujeto poético de este fin de siglo y, consecuentemente, por una vía de conocimiento comunicable a partir de una mayor confesionalidad, que me parece, además, difícil de evitar a estas alturas.

**Francisco J. Díaz
de Castro**

El humo del fracaso*

Hay una breve franja que separa al triunfo del fracaso. La misma que media entre la vida y la muerte, entre el amor y el odio, entre los contrarios que casi siempre son complementarios. El impagable Giovanni Papini describía a un mecenas que reunió en torno a sí a los artistas más célebres de su tiempo. Durante meses, les ofreció presentes, una vida regalada y ese impagable derecho a la pereza que reivindicó Paul Lafargue y que tan caro resulta a los creadores. Al cabo de un tiempo, el mecenas de Papini reclamó que cada cual le mostrara su obra de arte. Quien mostró lienzos, quien composiciones musicales y aún hubo otros que perpetraron poemas. Aunque un escultor, ayudado por un pebetero, dibujó en el aire, entre volutas de humo, maravillas sin cuento, espejismos súbitos, estremecedoras figuras que congestionaron el ánimo de los presentes. Pero que, inevitablemente, desaparecieron. Ese humo, dijo a su anfitrión, es el arte y nadie consigue retenerlo.

Ese humo es el que persigue Lucas Lerma, el impecable personaje de estirpe galdosiana que Felipe Benítez ha creado en las páginas de una novela que elogia la dignidad del fracaso. Pero, ojo, que no se trata tan sólo de un fracaso personal, individualizable, sino del inevitable fiasco que acompaña al ser humano, incapaz de haber aprendido en el curso de la historia a ser inmortal o, al menos, a que no le importe en demasía el hecho de no serlo.

Lucas Lerma —paradójicamente le llaman Luky que si llevara una c contigua a la k significaría afortunado, en inglés— es un soldado de fortuna que pretende ventilar-

* Humo, Felipe Benítez, Editorial Planeta. Premio Ateneo de Sevilla, 1995.